

Jean Lartigue

Publicidad



AMARADA turista, detente en Marsella.
Detente algunos días en Marsella.
Es una bella ciudad . . .
El Mediterráneo se pavonea contra ella,
se frota contra las blancas piedras de sus rompeolas.
¡Y el sol!
El sol brilla aquí tanto como en Niza
o en Palma.
Hay también cafés,
cafés como no encontrarás en otra parte,
con frescas terrazas donde se pasa la vida
entre el olor del anís y de los Lucky Strike.
Hay mujeres marselesas
con amplias caderas como las de los jumentos,
con caderas danzantes como las de los jumentos,
de carne bruna y densa y perfumada,
de ojos brillantes como el pescado fresco,
de cabellos profundos como el mar.
Hay burdeles, camarada turista;

¿has oído hablar de los burdeles de Marsella?
De los poéticos burdeles de Marsella llenos de guita-
[rras y de marineros.
donde la matrona te habla de Carco
y donde las muchachas hacen mejor el amor que en
[cualquiera otra parte del mundo.

Hay también, camarada turista,
barrios rutilantes y negros,
negros de sordidez y desesperación,
hediondos a cacahuete, a miseria y a humo,
aullantes de gritos y de motores.

En la tarde pasan sombras por los vasos,
sombras pesadas de fatiga y de sudor.
—¡Ah, el anís helado y el buen olor de los cigarrillos!—
Los dock trepidan, las grúas giran,
polvo—sol—ruido de cadenas—sol—músculos nudo-
[sos—sol—
las palancas se vuelven lentamente en el cielo,
se abaten sobre los hombres borrachos de fatiga.
Y a lo lejos las casas tristes y sucias,
perdidas en el fondo de las calles desiertas,
yacen sin esperanza bajo el sol.

Pero esto no tiene importancia, camarada turista,
tú no lo verás, camarada turista,
y Marsella es una ciudad muy bella . . .